

Guttemberg merece las estatuas que se le han levantado?

En tan triste condición tornamos á entrar en la diligencia, donde hallamos hendido el techo y abiertos los cojines por las dagas y puñales de los bandidos. Como duchos en la materia, comprendieron ellos que ahí podrían hallar ocultos objetos de valor, como en efecto los hallaron. Solamente Elisa pudo salvar en su corsé su pudor y sus alhajas, y además, un poco de dinero de su propiedad y de la mía.

Instalados en el coche y renovada la marcha, á instancia del sacerdote se rezó un rosario con gran recogimiento. Terminado el rezo, comenzó á circular una botella de coñac de propiedad desconocida, y que se salvó no sé cómo. El viejo militar se achispó de allí á poco, y se dió á hablar sin descanso, como si hubiera querido indemnizarse de su anterior mutismo. Su lenguaje era cuartelero legítimo, y lanzaba contra los ladrones ternos capaces de hacer temblar el continente. Recuerdo una frase suya que me hace reir siempre que se me viene á las mientes:

—¡Qué bocas de condenados!—decía alu-

diendo á los bandidos.— ¡Pues qué! ¿No veían que estaban delante de señoras? ¡Mal hayan...!—y soltaba maldiciones y blasfemias más crudas que las de los mismos ladrones.

De esta manera, envueltos en papeles como quincallería fina ó fruta conservada, llegamos á Tula obra de las ocho de la noche, avergonzados y silenciosos, á modo de soldados derrotados y prófugos que hubiesen perdido la bandera.

IV.

La hora del alba sería cuando salimos de Tula para continuar el camino. La mañana estaba obscura, y dentro de la diligencia era de noche; mas á pesar de la obscuridad, luego echamos de ver que habíamos cambiado nuestras vestiduras de papel por otras menos frágiles. El vecindario del pueblo, en efecto, puso á nuestra disposición su guardarropía, la cual, no por ser de moda desconocida y de medio uso, dejó de ser para nosotros preciosa en tan críticas circuns-

tancias. Por lo que hace al pago del hospedaje, Elisa y yo, que habíamos conservado nuestros fondos, abrimos un crédito fraternal á nuestros insolventes compañeros. Así, pues, cúpome la satisfacción de proteger aquella madrugada al señor de la barba con un par de duros.

Cerradas las ventanillas por lo cortante del aire matinal, rebujados en nuestras mantas y envueltos en la sombra, caminamos varias horas guardando silencio, medio asfixiados por la falta de aire y por el humo de varios enormes vegueros que ardían dentro del carruaje como tizones diabólicos. Hubo un momento en que todos dormían, excepto Elisa y yo, á quienes el amor traía inquietos y desvelados.

Ignoro cómo pasó el hecho; no sé si fué yo quien dió el primer paso, ó si fué suya la iniciativa; el caso es que á través de la distancia y de la sombra, la mano de Elisa y la mía se encontraron y se estrecharon. Siempre que algún pasajero encendía algún fósforo para dar lumbre á su puro, se desasían nuestras manos con presteza; lo mismo que cuando algún otro bajaba el cristal de las ventanillas, ó cuando era emprendido algún

diálogo; pero tan pronto como pasaba el peligro, nos buscábamos como ciegos en la obscuridad, y tornábamos á enlazar amorosamente las manos. A pesar de nuestras precauciones, debe haber sido advertida la evolución por más de algún pasajero. Me fundo para sospecharlo, tanto en que, por estar distantes ella y yo, teníamos que inclinar el cuerpo sobre los vecinos para alcanzarnos, como en que nuestros brazos formaban una barra diagonal en el vehículo, con la cual más de una mano tropezó de vez en cuando. A decir verdad, tal contratiempo, si bien me causaba pesadumbre por Elisa, por lo que á mí respecta, dábame regocijo, porque hacía á mis envidiosos compañeros testigos de mi triunfo y de mi dicha. Esto me complacía, sobre todo, por el caballero de la barba. ¡Qué gusto me daba pensar que le hacía rabiar nuestra dulce maniobra!

En esto, y á lo mejor de mi éxtasis, tropezó una de las grandes ruedas del coche con un obstáculo demasiado grande de la carretera; subió gimiendo á impulso de las robustas mulas, é hizo perder el equilibrio á nuestro vehículo. Dos ó tres veces inten-

tó éste recobrar el aplomo; pero como la rueda había trepado demasiado alto, la gravedad se manifestó por el techo, donde había nuevos pesos, y el armatoste se volcó pesadamente de costado, como un voluminoso elefante.

Apenas alcancé á darme cuenta de aquellos sucesos, porque fué instantáneo su desarrollo. Los demás pasajeros, con excepción de Elisa, despertaron demasiado tarde para analizarlos. A la caída del carruaje, reinó entre nosotros la más grande y lamentable confusión que sea dable imaginar; no se oían en medio de la obscuridad, mas que los gemidos de los niños, los gritos de las mujeres y las interjecciones de los hombres. La caída nos había hecho converger hacia el costado por donde el vehículo yacía en tierra; allí quedamos algún tiempo los unos sobre los otros, oprimiéndonos con nuestra propia masa, é impidiéndonos todo movimiento. No había, además, quien pudiese orientarse. Acostumbrados á la posición habitual del carruaje, buscábamos la salvación hacia los lados, sin advertir que á ellos correspondían ahora el techo y el piso del armatoste. Largo rato pasó antes de que ha-

llásemos la salida, que estaba arriba, pues ahí se encontraba la única portezuela disponible. La débil claridad de la mañana que por ella penetraba, la hacía aparecer muy distante; su vista me hizo el efecto de una claraboya abierta en el techo de profunda mazmorra.

Al fin comenzó el salvamento de los pasajeros; y me tocó la mala ventura de salir uno de los postreros, porque el caballero gordo gravitaba sobre mí con su peso enorme de cuatro quintales. Cuando se puso en pie y me pisó como á vil gusano, le apliqué indignado fuertes puñadas en las robustas pantorrillas para que me dejase libre. Disponíame ya á salir, olvidado en mi egoísmo de lo más precioso que había en la diligencia, cuando me oí llamar por mi nombre.

— Elisa — contesté — ¿donde está vd.? ¿se ha hecho vd. daño?

— Creo que no — me respondió — pero no sé donde me encuentro, estoy como perdida.

— La portezuela está arriba; espere vd. un momento.

Púsose en pie y la ayudé á levantarse. Supliqué luego á los otros pasajeros que me prestasen auxilio, y entre todos pusimos á

Elisa fuera del carruaje, no á fé sin bastante trabajo, tanto por lo alto del conducto como por el peso de la hermosa.

—Gracias — me dijo á la salida, tendiéndome la mano.

Una vez todos fuera del armatoste, nos pasamos en revista, como los soldados después de la refriega. Hallamos por suerte que habíamos sido afortunados por decirlo así, porque no había mal grave que deplorar en nuestras personas. Como la marcha era perezosa, no tuvimos que lamentar ojos saltados, huesos rotos ó mulleras aplastadas. Todos estábamos, es verdad, más ó menos golpeados ó rasguñados; pero ninguno tenía cosa de cuidado. Sólo el cochero, que al caer dió de cabeza contra una piedra, se había hecho una herida considerable.

Mientras se ocupaban las señoras en atender al herido, nos consagramos los hombres á la laboriosa tarea de descargar la diligencia, echando por tierra los equipajes, de restablecer el carruaje á su posición natural sobre las cuatro ruedas, y de volverle á cargar.

Cuando todo estuvo concluido y las mulas enganchadas, colocamos cuidadosamente al cochero en el techo de la diligencia, le

cubrimos con una manta, y pusimos las riendas en las manos del *sota*, quien se vió así exaltado á una dignidad encumbradísima. Incontinenti volvimos á entrar en el potro ambulante de nuestro tormento, y prosiguió la marcha. Había salido ya el sol y la mañana estaba serena y hermosísima.

--¡ Hermosa mañana! --murmuró Elisa.

--En efecto--la dije--pero ¡ qué viaje tan desventurado hemos hecho!

--No, señor, ¿ por qué?

--¿ Cómo por qué? repuse atónito -- ¿ Le parece á vd. poco lo que nos ha sucedido?

--Pero, ¿ qué nos ha sucedido? --insistió.

--Pues hemos sido robados, nos hemos volcado y hemos corrido serios peligros . . .

--¿ Y qué?

--Que nuestro viaje ha sido un resumen de las calamidades á que están expuestas las diligencias. Muchas de éstas no tienen contrat tiempo en la travesía, otras sólo son robadas ó sólo se vuelcan; muy raras son las que, como la nuestra, sufren ambos contra-tiempos.

--Vamos --prosiguió Elisa-- creía que tuviese ud. más espíritu. Pero, ¿ no ve ud., hombre de Dios, que todo ha quedado en

nada? —Los ladrones á nadie asesinaron ni hirieron; la caída nos ha dejado casi ilesos. En cuanto á las cosas que hemos perdido, eran de poco valor; ¿quién lleva al camino lo más bueno y valioso que posee? Así que debemos considerar lo que nos ha pasado, como una serie de episodios divertidos, que le han quitado al viaje la monotonía y el fastidio. ¡Bonito hubiera sido él, si no nos hubiera sucedido nada, y no hubiéramos hecho mas que dormir y sorber polvo por boca y narices!

Me sentí avergonzado ante su grandeza de alma y ante su romanticismo.

—No hay cosa más detestable—continuó—que los viajes en ferrocarril. Entra vd. en el vagón, silba el vapor, suena el herraje y se inicia la marcha sin sacudidas, en medio del rumor uniforme de los émbolos, sólo interrumpido por el ridículo y destemplado grito de la locomotora. No puede vd. sacar la cabeza por la portezuela, porque le caen chispas y carbones en los ojos, no tra- ba vd. conocimiento con nadie, porque los pasajeros permanecen aislados en sus asientos, viéndose con ojos glaciales, á ratos durmiendo, leyendo á ratos y bostezando siem-

pre. A paso de carga cruza ud. por las estaciones y el viaje termina en un santiamén. Y llega ud. á su destino con un gran desabrimiento en el ánimo y con un enorme vacío en la imaginación. ¡Nada de peripecias! ¡Nada de emociones! Yo detesto los ferrocarriles.

¡Lástima que no hubiesen oído tan elocuente tirada los administradores de diligencias; ellos, que han pronunciado tantos discursos elocuentes para demostrar la excelencia de sus pesados vehículos sobre el vapor!

Quedé avasallado por la elocuencia de Elisa, y confuso ante su valentía y amor al arte.

—Vistas así las cosas—la dije—concedo á ud. la razón. Por mi parte no me quejo, antes bendigo á la suerte porque...—no supe cómo acabar.

—¿Por qué?—me preguntó riendo—acabe ud.

—Porque la he conocido.

—¡Lisonjero! La verdad, es vd. muy ingrato. ¿No se quejaba hace poco de lo desventurado del viaje? Y me envolvió en una mirada incendiaria.

V.

Pocas horas después, estábamos en Huehuetoca, y almorzábamos Elisa y yo alegremente frente á una mesita aislada, en el restaurant improvisado que se levantaba junto á la estación del ferrocarril.

De pronto interrumpió ella una dulce frase para decirme con serenidad, fijando la mirada en la puerta de entrada:

—¡Tate! ha llegado Justo.

—¿Quién es Justo?—la pregunté.

No contestó. En esto llegó á nosotros la persona aludida. Era un caballero como de cuarenta años, de buen aspecto y elegantemente vestido. Se fué en derechura á Elisa, la que, puesta en pie, le dió un estrecho abrazo. Luego volvióse ella á mí y dijo mi nombre presentándome. Saludé y me puse á las órdenes del recién llegado. En seguida, prosiguió Elisa mostrándome al caballero:

—Justo Rodríguez, mi esposo.

—Servidor de ud.--repuso él cortesmente.

—El señor—prosiguió Elisa mostrándome con el mayor aplomo--es un excelente

amigo, y me ha prestado durante el viaje muy buenos servicios.

No sé qué murmuré en mi turbación; lo que recuerdo es que me puse colorado.

—Muy agradecido—dijo D. Justo;—espero que nos favorecerá ud. con sus visitas. La casa de ud. es...—y me dió su dirección.

—Tendré el gusto de visitar á udes.

—¡Cuidado con faltar!—dijo Elisa tendiéndome efusivamente la mano y oprimiendo dulcemente la mía—no olvide vd. las señas.

Protesté que no faltaría.

Con esto se fué la pareja. Y me quedé como clavado en el sitio, pensando con horror en los tropiezos y emboscadas del noveno mandamiento.

